

(p. 16). La rearticulación que propone el autor, sin embargo, no queda muy clara, pues al no proponer los supuestos económicos y los términos políticos sobre los cuales debiera estar basada dicha rearticulación, parece sugerir un regreso al modelo de sustitución de importaciones y al Estado proteccionista, posición que ha sido blanco de críticas de algunos analistas debido al carácter altamente integrado y subordinado de la economía mexicana y a la supuesta imposibilidad de trazar políticas nacionales fuera de la globalización.

Un último aspecto que me gustaría ilustrar está relacionado con algunas conclusiones expuestas casi al final del libro, en el sentido de “una crisis de las bases sociales en que descansa la organización sindical”, y de las dificultades para “imaginar un sindicalismo que pueda continuar cumpliendo con su papel histórico de representación de los intereses colectivos de los trabajadores mexicanos” (p. 109). Ciertamente la representatividad del sindicalismo sigue siendo significativa hoy día, como bien señala el autor; no obstante valdría la pena preguntarse ¿por cuánto tiempo podría prolongarse esta tendencia? ¿No sería acaso más cercano a la realidad pensar en un modelo de representación de intereses del individuo y la colectividad coexistiendo en el interior de las empresas, tal como el que actualmente se teje en la industria automotriz? La forma de actuación política mediante la individualización de los conflictos dentro de la fábrica es hoy una realidad, lo que no significa indiferencia ni cansancio de la política sindical, sino que surge un compromiso contradictorio que mezcla y combina intereses gremiales e individuales. Esto es, que a pesar de que existe una creciente individualización de los conflictos en el seno de la empresa industrial, los trabajadores todavía se comunican dentro de las formas institucionales que promueven los sindicatos, al mismo tiempo que se retiran de ellas. Un retiro que podría entenderse como una emigración a nuevos nichos de identidad y actividad todavía difusos, pero que sin duda están implicando una multiplicidad de cambios y adaptación a la vida cotidiana de la fábrica.

Huelga decir, finalmente, que encuentro este libro muy ilustrativo, necesario e interesante, y por lo mismo, atractivo como fuente de consulta para la investigación, el análisis y la reflexión crítica y propositiva.

LETICIA CALDERÓN CHELIUS Y JESÚS MARTÍNEZ SALDAÑA, *La dimensión política de la migración mexicana*, México, Instituto Mora, 2002, 348 pp.

MARÍA DE LOURDES ROSAS LÓPEZ*

Leer y releer *La dimensión política de la migración mexicana* remueve en nosotros recuerdos variados, coincidentes y contradictorios unos con otros. La memoria nos trae al “pachuco” de Paz, al “forastero” de Schütz, a *Ideas y creencias* de Ortega y Gasset,

* Estudiante del Doctorado en Sociología, El Colegio de México.

a la manera en que los símbolos simbolizan según Clifford Geertz, y hasta a Hanna Arendt, Samuel Huntington y Almond y Verba. Estos recuerdos, instalándose en el presente como vectores imperativos, nos obligan a repensar en las calificaciones de *Civic Culture*: ¿es el migrante mexicano súbdito en una cultura política participativa?

Leticia Calderón Chelius y Jesús Martínez Saldaña afirman que “la dimensión política de la migración internacional es parte inherente del proceso migratorio mismo” (p. 11). Dicha dimensión política es concebida por ellos como participación y como “reacciones, visiones y hábitos cívicos que definen las actitudes hacia el poder, la autoridad”.

Los autores escribieron el texto de manera separada. Calderón Chelius es responsable de la primera parte, cuyo objetivo es “desmenuzar el proceso de resocialización política” (p. 36) que ella define como la “identificación de las percepciones, opiniones y actitudes políticas que se han arraigado de manera más definitiva entre los migrantes” (p. 28). En la segunda parte, Martínez Saldaña se propone ofrecer los hallazgos de su investigación sobre las expresiones políticas de los migrantes mexicanos realizadas en Silicon Valley. No obstante la manera en que se distribuyen las responsabilidades de los contenidos de la obra, parecen compartir, de entrada, un marco teórico-analítico en el texto, el cual se compone de tres elementos fundamentales:

- 1) Globalización, como el contexto internacional que obliga a los Estados Nacionales a cambiar su estructura clásica de definición de fronteras.
- 2) El reconocimiento de los derechos humanos, independientemente de los límites que impone la nación.
- 3) La noción de transnacionalismo, que los autores no comparten, que supone que “la experiencia migratoria contemporánea genera procesos que se realizan independientemente de la órbita de los Estados nacionales” generando “campos que cruzan fronteras geográficas, culturales y políticas” (pp. 20-21). Su posición contraria a este paradigma la sustentan al afirmar que lo simultáneo es insostenible como práctica cotidiana. Además, los autores señalan que la propuesta analítica del transnacionalismo trata sólo precariamente la experiencia política como un proceso de socialización.

Así, su propuesta está enfocada al proceso de socialización política, que se produce por la confrontación de visiones, percepciones, costumbres y hábitos cívicos de la comunidad de origen con los de la de destino, a nivel individual, grupal y social, independientemente del deseo de organización y en el cual el Estado (o quizá deberíamos decir, los Estados) reglamentan el estatus del migrante desatando reacciones, actitudes y acciones de éste hacia el (o los) sistema(s) político(s). Su propuesta es, pues, la de “una nueva interpretación de la migración mexicana”: “la concepción del migrante como un sujeto político”. Por ello, los autores prometen evidencias, a lo largo de su obra, de “la existencia de una tradición política” en las actitudes y el comportamiento de los migrantes mexicanos en Norteamérica (p. 26).

En la primera parte del libro, Calderón destaca las siguientes herramientas analíticas:

- 1) El concepto de 'ciudadanía intermitente' (pp. 44-45), propuesto por la propia autora, quien lo define como la construcción simbólica y el ejercicio de la política transnacional que crean las comunidades de migrantes y sus sociedades de origen. Funciona interrumpiéndose, cesando, ajustándose, continuando. Calderón se auxilia de Arendt para definirlo: es "tener derecho a tener derechos (...) independientemente de donde se esté" (p. 45).
- 2) Transnacionalidad como la revitalización de las comunidades por el contacto estrecho que mantienen, y que en el caso mexicano inicia en la década de los años ochenta, debido a cambios en el perfil del migrante tales como el incremento de la tendencia a la legalización, la diversificación de las regiones de origen, y el incremento de migrantes de sectores de la clase media —migrantes a los que llama "sanos físicamente", con una fuerte ética del trabajo y, por lo tanto, demandados laboralmente—. Además, la autora recurre a la historia del México contemporáneo más visto en Estados Unidos debido a los intereses por el TLCAN y a la acción partidista mexicana que pisó terreno norteamericano en las dos últimas décadas del siglo pasado.
- 3) Escuela de la socialización política, como aquella dedicada al estudio de la "reelaboración de construcciones socialmente aprendidas" (p. 65) y que, en el caso de los migrantes, observa tres tipos de socialización: la primaria (que se produce en México), la que se efectúa a lo largo de la vida y la sobresocialización, experimentada cuando el sujeto se da cuenta que la sociedad a la que ha vuelto ya no es la misma que aquella de la que salió.

Calderón realizó su trabajo de campo entrevistando a 120 mexicanos residentes legales o ilegales e incluso a algunos naturalizados (2%) en Estados Unidos, entre 1996 y 1997, en el condado de Los Ángeles, California. El cuestionario de 67 preguntas tuvo como propósito "explorar las nociones, ideas y actitudes de los mexicanos hacia lo político" (p. 70). Las preguntas cubrieron tópicos como la corrupción, las leyes, la confianza en la policía, la comparación entre la democracia mexicana y la norteamericana, formas de participación política en México y en Estados Unidos, efectividad de la acción de los diputados, información de la vida política, el respeto al voto, las consideraciones de cómo influir en la política, preferencias partidistas de las opciones mexicanas y la importancia del voto extraterritorial. Calderón, usando conceptos de Hanna Arendt, recurrió a la actividad del juicio en los migrantes, es decir, a su capacidad de juzgar, de sentido común, patrimonio común de los hombres.

No estoy de acuerdo con la manera en que plantea algunas preguntas y, por lo tanto, con los juicios que deduce de los resultados que obtuvo de las respuestas, por ejemplo: ¿Cree Ud. que Estados Unidos es el país más democrático del mundo? (pp. 81-82) Calderón Chelius afirma que los migrantes hacen un balance de su visión de la realidad internacional. Mi pregunta es, ¿cuántos pueden hacer tal balance en la premura de una entrevista, y con posibilidades limitadas de tener presente a la totalidad de los países del mundo y la información de sus políticas internas y externas?

También encuentro contradicciones entre la autora y Jesús Martínez. Calderón afirma que los migrantes están más interesados en hacer un seguimiento de la política

mexicana porque realizar dicho ejercicio de su contraparte norteamericana implica “un nivel de conocimiento mucho más sofisticado que el que la mayoría de los migrantes llega a desarrollar” (p. 88-89). En cambio, Martínez Saldaña muestra que el mexicano comprende, aprende y practica las formas de ejercicio en el sistema político norteamericano. Es decir, los mexicanos han aprendido las reglas que dicen cómo es el mundo en Norteamérica, a hacer las cosas “como Dios manda”, moverse en el orden social y construir ese mismo orden, ya que dicho orden existe como resultado de sistemas habituales de relación.

La autora de la primera parte nos dice que la exigencia del derecho al voto de los migrantes está sustentada en el propósito de “refrendar su membresía política” (p. 110). El interés de los mexicanos (que residen en Norteamérica) en el proceso electoral que se desarrolla en México es una síntesis de “las formas, contenidos y expectativas construidas a lo largo de un recorrido histórico”, es decir, un tiempo que dista de ser breve. A decir de la autora, “lo electoral es la elaboración simbólica de una comunidad entretejida por experiencias que conforman las actitudes políticas de todo un colectivo” (p. 113).

A la afirmación de Calderón Chelius acerca de que la demanda de los migrantes del voto extraterritorial es manifestación de una experiencia de marginalidad política (p. 114), es el mismo Martínez quien responde diciendo que los mexicanos en Silicon Valley no se sienten “los otros”, “los de fuera”, sino que han tenido exitosas experiencias políticas (pp. 208 y ss.).

Calderón, prospectivamente, supone que el transnacionalismo político va a terminar reduciéndose al voto en el extranjero, ya que al realizar la pregunta “¿Es importante para usted votar en México y en Estados Unidos?”, obtiene que 48% considera que es importante votar en ambos lugares (pp. 138-140). Pero también encuentra que 27% de sus entrevistados piensa vivir en México y en Estados Unidos. Así, parece que el transnacionalismo, más allá del simple voto en el extranjero, seduce a un importante porcentaje de migrantes.

Martínez Saldaña inicia la segunda parte haciendo un repaso de la historia discriminatoria de los migrantes en California, desde la celebración del Tratado de Guadalupe Hidalgo, sosteniendo que, a raíz de dicho Tratado, los mexicanos en Estados Unidos fueron reducidos a un grupo social empobrecido y racialmente inferior. Sin embargo, siglo y medio después, los mexicanos en California tienen una gran presencia y potencial político. En palabras del autor, la inmigración mexicana a California ha cambiado radicalmente el perfil social de ese estado y, con sus expresiones políticas, ha transformado el carácter de la política californiana y norteamericana. Además es importante considerar que California —que cuenta con la economía más rica del país— aporta 20% del total de los votos que se requieren para ganar una elección presidencial.

¿Por qué elegir Silicon Valley para estudiar la dimensión política de la migración mexicana? El motivo se encuentra en el importante papel de los migrantes mexicanos como fuerza laboral, ya que en esta región dicha fuerza laboral está agudamente estratificada por clase, género, raza y nacionalidad (y en “el sótano de la jerarquía social se encuentran los mexicanos”, p. 218) y porque ha sido el sitio de algunas de

las luchas políticas más interesantes realizadas por migrantes mexicanos en los últimos años.

Para cumplir sus propósitos, el autor divide su aportación en los siguientes contenidos:

- 1) Los mexicanos como actores políticos que desafían “tanto la ideología como la interpretación hegemónica de la historia” (p. 177).
- 2) El cardenismo en Silicon Valley, que abanderó tres causas: la promoción de la democracia en México, la defensa de los derechos migrantes en ambos lados de la frontera y el derecho a votar en elecciones presidenciales mexicanas. Me parece que lo interesante de la aportación del autor aquí son los juicios del cardenismo como un patrón histórico de comportamiento político, ya que constituyeron una expresión organizativa de los migrantes y una forma de política transnacional o posnacional.
- 3) La oposición a la Ley 187, participación política sin precedentes que refuta la descripción de que los migrantes mexicanos son seres despolitizados y apáticos.
- 4) La lucha por el voto migrante, cuyo movimiento se desmembró debido al rechazo que la fracción del PRI en el Senado expresó (julio de 1999) al paquete de reformas electorales que incluía tal propuesta.

Martínez considera la participación de los migrantes en el sistema político mexicano, incluyendo el derecho al voto extraterritorial, como parte del proceso de la transición a la democracia que vive México.

A pesar de que el migrante mexicano en Estados Unidos posee un exceso de “alteridad”, según Sartori, pues no sólo es diferente en lengua y costumbres (“extrañezas superables”), sino en religión y etnia (“extrañezas radicales”) y además es visto, según Huntington, como “una importante amenaza potencial a la integridad cultural y, posiblemente, política de Estados Unidos” (pp. 111-112), este forastero ha sabido sobrevivir y vivir en Norteamérica. Ha logrado ser un no-súbdito en una cultura política participativa, y sorprende creando y recreando, en el proceso de “ida y vuelta”, un imaginario y una praxis política que sí es transnacional (es decir, forma una sola unidad social), un espacio en el que las redes sociales y el capital social son la inversión por excelencia.